ligros de que se creía cercada, sino en los consejos de su madre; y ésta se hizo un placer y una obligacion de guiar sus pasos. Por su docilidad en seguir los consejos de tan digna maestra, llegó esta Señorita á hacer las delicias de su esposo, y de todos aquellos que la conocieron.

CARTA PRIMERA.

DE LA MARQUESA D.*** Á SU MADRE.

QUERIDA MADRE MIA: ¡Qué no pueda yo descubriros mis sobresaltos y mis temores! Os estremeceríais sin duda, si pudiéseis conocer la terrible situacion en que me hallo. Educada á vuestros ojos en las dulzuras de una vida apacible é inocente, apénas conocia de nombre al mundo, en medio del cual acaban de trasportarme de repente las órdenes de mi padre. Obligada á llenar á un mismo tiempo las obligaciones de cristiana, de esposa, y de muger del mundo, todo me asusta, me detiene, y me deja en una irresolucion tanto mas cruel, cuanto no me atrevo á conceder nada á uno de estos deberes, sin temer faltar á lo que debo á los otros. Me habia lisonjeado de adquirir á vuestra vista esta cien-

cia rara que nos pone en estado de conciliar deberes tan opuestos. La situacion de nuestra fortuna y mi juventud, me hacian mirar como muy incierto el momento de mi establecimiento, ó á lo menos como muy distante. Esperaba que mi padre para este establecimiento miraria mas á mi gusto, que al natural deseo que tienen todos los hombres de engrandecerse: ¡vana esperanza! Una fortuna que yo no podia prometerme, le ha determinado, y ha sido preciso disponer de mi corazon y de mi mano en favor de un hombre á quien apénas habia visto, y de quien no conocia ni el carácter, ni los vicios, ni las virtudes: de un hombre, en fin, cuya alta clase me pone en medio de un mundo que detesto, y cuyo corazon no puedo conservar sino prestándome al gusto que le sujeta á él. ¿Debo acaso entregarme á este mundo que Jesucristo me declara ser su enemigo? ¿debo mientras viva estar siempre en contradiccion con él? ¿debo, separándome de él absolutamente, enagenar de mí el corazon de un esposo que me adora? Peligros, riesgo, sujecion, todo me rodea. Estaria segura si pudiera lisonjearme de teneros por piloto en un mar tan agitado; pero sé demasiado que no puedo esperarlo. Vuestras enfermedades, lo que debeis á mi padre y á vuestra familia, todo me anuncia que no po-

deis darme consejos sino demasiado cortos á mis muchas necesidades. No me los rehuseis, querida madre mia, demostradme el camino que debo seguir. Si creo las apariencias, mi esposo, sin estar exento de muchos defectos, tiene un fondo excelente: el orgullo propio de su clase, el brillo de sus riquezas y la seduccion de las compañías, oscurecen en él mil buenas cualidades, sin haber tenido la fuerza de destruirlas. Enseñadme la conducta que debo observar para despertar estas bellas disposiciones, que están solamente adormecidas. Espero vuestra respuesta con una impaciencia igual á mis necesidades, os conjuro no la dilateis. La religion y vuestra ternura, por mí, os lo piden tanto como mi confianza en la mejor de todas las madres. Quedo &c.

CARTA II.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

QUERIDA HIJA MIA: Tus inquietudes calman mis temores, y ellas me aseguran contra los efectivos peligros de tu nueva situacion. ¿Qué seria de mí si mi amada hija, deslumbrada por una fortuna brillante, no hubiese mirado otra cosa que las exterioridades de su estado? ¡Estado seducti-

vo para una persona de su edad! Hubiera llorado su pérdida, pero hoy no tengo motivo mas que para dar gracias al Señor. Este es el que quitándote la venda fatal que cubre los ojos de los hijos del siglo, te muestra el peligro, el vacío de esos honores pasageros, de esos placeres frívolos, y de esas engañadoras riquezas. Pero, querida hija mia, es menester no escuchar tus temores hasta perder el ánimo: la mano Omnipotente que te ha sacado de un estado de medianía para hacerte el espectáculo de los hombres, sabrá librarte de los escollos que cercan el mar en que princípias á vogar. Estás en el órden de la Providencia, ¿qué mayor consuelo para tí? Acuérdate de aquella gran reina, cuya historia leías con admiracion, la incomparable Esther. Como á ella te destina Dios para hacer conocer su nombre, y para hacerle respetar en el mundo, que es su mas cruel enemigo: ojalá puedas tú como ella decir al Señor: *Vos sabeis que he mirado con horror la pompa que me rodea.* Lo espero así, querida hija mia, y pues te parecen necesarios mis consejos, tendré siempre un placer en dártelos, y suplicaré al Todopoderoso que te hable por mi boca.

No pretendo disimularte que es mas dificil obrar su salvacion en medio del mundo, que en el retiro, para el cual parecias destinada; pero

guárdate bien de creer que sea imposible. Los Enriques, Luises y Eduardos nos enseñan que no hay estado ni condicion en que no se pueda amar, temer y servir al Señor. Para esto es necesario llenar las obligaciones de su estado, y hay gracias proporcionadas á la extension de estas obligaciones, que jamás niega Dios á los que le invocan con humildad y confianza. Tu primer cuidado debe ser el de ganar el corazon de tu esposo, ó si quieres, el de conservarle. Deslumbrado este esposo por algunos frívolos atractivos, dices que te adora: si no tiene su ternura mas que este fundamento, bien pronto podrá debilitarla, y aun destruirla el hábito de verte. Pero hay otros encantos, sobre los cuales no tiene ningun poder el tiempo; estos son los del alma, que siempre posee ella cuando es virtuosa. Estudia el carácter, los gustos y los defectos de tu esposo, para conformarte con su voluntad en todo lo que sea compatible con la obediencia que debes al Señor: no tendrás trabajo en seguir este consejo si amas al Marqués, y espero que bien pronto tu inclinacion sobre este artículo estará de acuerdo con tu obligacion: has nacido agradecida: tu esposo ha hecho mucho por tí: te ha sacrificado las grandes rentas y demas ventajas que podia esperar de un matrimonio correspondiente por lo que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

toca á las riquezas: ¿qué cosa mas propia para hacer nacér en tí sentimientos de una sólida ternura? Te he dicho ya que tu obediencia á él no debe ser limitada mas que por la que debes al Señor: espero que habrá pocas ocasiones en que tengas necesidad de acordarte de estos límites; pero el modo de mantenerte en ellos sin perder su afecto, es el mostrarle diariamente, y en las cosas mas pequeñas, que no tienes mayor satisfaccion que obedecerle. A cada paso tendrás ocasiones de sacrificar tus gustos á los de tu esposo en las cosas indiferentes: esta complacencia adquiere sin sentir á una esposa el derecho de ser escuchada en las cosas esenciales, porque acostumbrado el marido á su docilidad, supone que ella debe tener entónces grandes razones para apartarse del camino ordinario: examina estas razones, y aun cuando no le parezcan convincentes, si no es el mas falto de conocimiento de todos los hombres, abraza con gusto esta ocasion que se le ofrece de volver complacencia por complacencia. Cuando te veas en la precision de hablar ó pensar de otro modo que tu esposo, jamás te opongas directamente á su gusto: cede por el pronto á lo que él desea: demuéstrale despues con dulzura que este partido, aunque bueno, parece que tiene algunos inconvenientes; sugiérele algun

otro medio de satisfacerse; has, si es posible, de modo que nazcan de él estos expedientes, de suerte que crea siempre hacer su voluntad y no la tuya. Si fueren inútiles estos medios, emplea las súplicas, las lágrimas y las caricias; y me atrevo á prometerte, querida hija mia, que de esta conducta sacarás siempre fruto. Este es el punto mas esencial, y el mas despreciado por la mayor parte de las mugeres, que acostumbradas á las condescendencias, á los cuidados y obsequios del hombre mientras que no es mas que amante, se persuaden que la calidad de esposo nada disminuirá de estas atenciones tan lisonjeras para el amor propio, ignorando que es en el momento del matrimonio en el que principia el reinado de los hombres, y el nuestro acaba. Para conservar ellas una soberanía, que han llevado muchas veces hasta el despotismo, afectan al principio de su union no tener por regla de sus acciones mas que sus fantasías y caprichos, de los cuales quieren que sean esclavos sus esposos. Sostiene muchas veces un resto de amor á un pobre marido; pero imperceptiblemente su corazon se cansa, cede algun tiempo en bagatelas por costumbre, por el bien parecer, y por amor de la paz; pero disgustado muy pronto de un comercio del que hace él todos los gastos, aprovecha

la primera ocasion de alguna importancia para hacer ver que es él el amo, y que quiere disfrutar de sus prerogativas. Jamás mi querida hija reducirá al Marqués á estos extremos; y satisfecha su ambicion con el título de compañera, nunca la llevará á querer usurpar el de ama contra el órden de la Providencia, que nos ha destinado á obedecer. Pero yo no echo de ver que esta carta pasa ya los límites ordinarios: creo estar hablando con mi amada hija, y este dulce consuelo no me deja la libertad de ser tan concisa como tal vez lo pedirán sus ocupaciones. Cuando éstas te dejen algunos momentos, empléalos en escribirme, y cuenta siempre con el corazon de la mas tierna de todas las madres.

CARTA III.

DE LA MARQUESA D.*** A SU MADRE.

QUERIDA MADRE MIA: Vuestra carta me ha vuelto toda mi tranquilidad. Al leerla me parecia que Dios me aseguraba por vuestra boca, que no permitirá que yo sea tentada mas allá de mis fuerzas. Multiplicadme, mi buena madre, semejantes socorros, y no temais hacer demasiado largas vuestras cartas; pues mi ocupacion favorita

será el leerlas y mi mayor cuidado el aprovecharme de ellas. Estamos actualmente en una de las casas de campo del Marqués, pues no habiendo querido me presentase en Chambery en un estado poco lucido, se trabaja en todas partes para hacerme un equipage digno de él. Me aprovecho de esta soledad para estudiar su carácter, y cada vez me confirmo mas en lo que ya os he dicho. Está el Marqués absolutamente libre de defectos por lo que hace al corazon: compasivo y tierno, ningun indigente se le acerca sin experimentar los efectos de su liberalidad: recto y sincero, aborrece hasta la apariencia de mentira, y he conocido por sus discursos que sin ser pródigo sabe gastar lo que tiene, y que su casa y mesa están siempre francas á las personas de mérito. A pesar de todas estas buenas cualidades, confiesa él mismo que no es amado, y que la sola decencia obliga á sus vecinos á mantener con él alguna correspondencia. De algunos años á esta parte ha reñido con su familia, y todos sus parientes, sin exceptuar la marquesa su madre, no le ven mas que una vez cada año. Sin embargo de haberme dicho él todas estas cosas, no me he atrevido á mostrarle mi curiosidad, y me he contentado con solo insinuarle el gran gusto que sería para mí verle con la Marquesa en una buena

inteligencia, que segun él dice, es una muger respetable, pero cuyo carácter es incompatible con el suyo. Yo soy vivo, añadió: mi madre es colérica, y nunca estamos los dos mejor que cuando no nos vemos. No tenia yo necesidad de esta confesion para descubrir la causa que separa al uno del otro. A cada momento su natural lleva al Marqués hasta el extremo de encolerizarse, y entónces nada le detiene. Sin haber sido el objeto, he sido muchas veces testigo de ello; cuando ha estado en esta situacion, me he ceñido á evitar en aquel pronto su presencia, y parece que ha recibido con gusto esta atencion. Despues de mi última carta, me he determinado á hacer algunos esfuerzos para corregirle; y aunque en su edad parezca dificil, no desespero ya de ello. Habia yo observado que su cólera era mas ó menos violenta, segun la mayor ó menor contradiccion que en estos momentos se le hacia. Este es, me he dicho yo á mí misma, un torrente que todo lo destruye porque halla obstáculos; es menester dejarle un campo libre. Bien pronto he tenido ocasion de hacerlo así. Entre las criadas que él me ha destinado, he distinguido desde luego á una que me parece digna de mejor suerte; y el Marqués, que ha descubierto mi inclinacion, y que conviene en que ella la merece, no la dá otro

nombre que el de mi favorita. Delante de mí la encargó algunas comisiones, que ejecutó al pié de la letra; sin embargo, al dia siguiente él comprendió que esta criada habia obrado de modo diferente que él deseaba, y así se lo dijo con moderacion; pero habiéndole querido ella probar que él se habia engañado, entró en una especie de furor. Pregunté qué era aquello á un lacayo, y habiéndomelo dicho, me fuí temblando al cuarto del Marqués, pero me faltaron absolutamente las fuerzas luego que le ví. ¡Ah! ¿es posible, querida madre mia, que las pasiones nos desfiguren hasta este extremo? Los ojos del Marqués arrojaban centellas; apénas su oprimido pecho le suministraba algunas voces que no podia articular; temblaba y mordia de cólera el puño de su baston. Supliqué al Señor que me fortificase, y sin querer escuchar á esta muger, la dije con fortaleza que se dispusiese á quitarse de mi presencia y á dejar la casa, supuesto que era bastante atrevida para replicar á su amo; despues exageré al Marqués la culpa de esta muger, y le exhorté á que no sufriese que semejantes gentes se atreviesen á contradecirle. A medida que yo alzaba la voz, mi esposo recobraba su tranquilidad, y llegó á tener bastante fuerza para referirme el motivo de la disputa que habia dado lugar á su arrebata-

miento. Habiéndome preguntado si habia sido testigo de las órdenes que habia dado á esta muger, le respondí, abrazándole, que no podia creer que ella no hubiese errado; y como yo insistia en pedir que saliese, llegó él al fin hasta rogar por ella. Comimos tranquilamente; y como el Marqués ya del todo sereno, se acordó que yo habia eludido su pregunta sobre el motivo de la disputa, me suplicó le dijese claramente lo que pensaba. Me hice mucho de rogar, y no fué sino despues de reiteradas instancias cuando le hice conocer que habia errado: le recordé los motivos porque se habia enfadado desde que estabamos en Saboya, y convino conmigo en que siempre habia sido por bagatelas. No es posible pintaros la confusion que se descubrió entonces en la cara de mi esposo, y su dolor, por haber fuera de tiempo tratado mal á esta pobre muger. La suplicó olvidase lo que habia pasado, y estuvo muy triste lo restante del dia. Por la noche me llamó á su gabinete: me dijo que habia meditado sériamente sobre todas las faltas que su vivacidad le habia hecho cometer, y que conocia perfectamente lo mucho que le importaba el corregirse de este defecto; pero que se habia estremecido al considerar los grandes esfuerzos que necesitaria hacer para aniquilar un hábito, al que habia dejado

tomar raices tan profundas; mas que esperaba no obstante llegar á conseguirlo, con tal que yo quisiese ayudarle en esta empresa. Le animé mucho á ejecutar tan loables resoluciones; y habiendo tenido despues acá dos veces ocasion de encolerizarse, le he mirado fijamente; y apénas lo advirtió, cuando dejándome apresurado, se bajó al jardin. Un viejo, ayuda de cámara, que hace quince años que está con mi esposo, y que conoce perfectamente su cáracter, se halló por casualidad en mi cuarto la primera vez que tuve necesidad de decir á su amo, por una mirada, que estaba en peligro de violar sus buenas resoluciones; nuestros movimientos no se le ocultaron; y como sabe que el Marqués no tiene de terrible mas que el primer movimiento, fácilmente comprendió que él se habia huido de nuestra vista para tener tiempo de calmarse. No habia juzgado yo del mismo modo, y temia haber desagradado á mi esposo: en la incertidumbre de lo que mi mirada le habria parecido, me habia quedado suspensa y temblando: este fiel criado conoció mis temores, y no dando mas oidos que á su afecto, se echó á mis piés llorando de gozo. No estéis inquieta, Señora, me dijo: yo respondo de mi amo: no solamente no llevará á mal vuestra accion sino que me atrevo á pronosticar que vos le corregiréis.

Si él puede conseguir vencer este mal hábito de encolerizarse, es un hombre perfecto, y os deberémos todos la dicha de tener el mejor amo que hay en el mundo, porque él me ha dicho mil veces que esta maldita pasion emponzoña toda su felicidad. Este discurso me aseguró un poco, y mezclé mis lágrimas con las de este hombre, que no puedo ménos de respetar, porque la ley que tiene á su amo, le saca de la clase de todos los demás de su estado. Esperé tranquilamente la vuelta del Marqués, que un cuarto de hora despues entró con rostro sereno, y habiéndome abrazado, se dió la enhorabuena de su victoria. De entónces acá siempre ha hecho lo mismo; nada iguala á su alegría, y todo lo espero para lo futuro. ¿Pero, querida madre mia, no tengo yo que temer que al mismo tiempo que mi esposo trabaja para corregirse de sus defectos, contraiga yo algunos, de que hasta este dia me habia preservado libre por vuestros sábios consejos? Me asombran las sumas que se emplean para mis ropas y adornos, y me parece que me pedirá Dios cuenta de un dinero que podria aliviar á tantos miserables. ¿Sé yo misma si acaso mi corazon se apegará á estas pompas del mundo, á las que he renunciado en el Bautismo? Dictadme el modo con que me debo portar en este asunto, sobre el que

el temor de desagradar al Marqués, que desea con pasion el verme adornada, me impide descubrirle mis sentimientos: ¿pero debo yo en conciencia continuar en guardar este silencio? Asegurad-me, y decidme cómo debo obrar en este particular.

El Caballero de Arcis, que me ha entregado vuestra carta, me asegura que estais perfectamente buena, igualmente que mi padre y toda la familia: esto me ayuda á soportar vuestra ausencia, que es el único motivo que tengo de pesar; pues el Marqués, á quien ya amo mucho, nada me deja que apetecer. Os aseguro que para amarle como debo, no son necesarios los motivos de reconocimiento de que me hablais en vuestra carta, y que jamás hubiera creido á mi corazon susceptible de sentimientos tan vivos. Por lo que hace á vos, no pueden recibir aumento, pues han sido siempre iguales á vuestras bondades. Quedo &c.

CARTA IV.

RESPUESTA.

Ánimo, mi querida hija: continúa como has comenzado, que bien pronto se encontrará por tus cuidados, convertido en otro hombre nuestro que-

rido Marqués. Ya has hallado el modo de amansar sus pasiones, y pronto las domarás. Nada hay que no ceda á la dulzura, y con razon dice la Eterna Sabiduría, que los pacíficos poseerán la tierra: imperio tanto mas lisonjero, cuanto se tiene con el consentimiento de todos los hombres. Los conquistadores hacen esclavos, que solo por temor les obedecen, y que sacuden el yugo apénas esperan poderlo hacer impunemente. La dulzura nos asegura un dominio mas sólido, pues que nos sujeta por eleccion á aquellos con quienes vivimos. Apruebo esa condescendencia que tienes con tu esposo, respecto á tu adorno: no has adquirido aun el derecho de hacerle preferir tus gustos á los suyos: ya llegará dia, y espero será pronto, en que este esposo, desengañado por tus cuidados de las máximas del siglo, se prestará á tus justos deseos. En el ínterin hé aquí las reglas á que debes procurar fijarte: jamás te vistas de un modo indecente, ni pueda con tus atavíos ser vulnerada la mas exacta modestia. En segundo lugar, cuando te adornes, no tengas otra intencion que la de agradar á tu esposo: observando estas dos reglas, debes estar tranquila. Me rio á veces considerando la fatiga que te costará el tocador; mi querida hija encontrará excesiva la tarea de estar tres horas delante de un espejo en

manos de una criada: esta es no obstante la ocupacion á que mas se inclinan las personas del siglo. Si quieres hallar menos penosa esta fatiga, has que te lean alguna cosa útil mientras ella dure; por este medio te libertarás del fastidio, y te aprovecharás del tiempo siempre precioso en tu edad, por la necesidad que hay de instruirse en ella. Adios, querida mia: yo te abrazo mil veces, igualmente que al Marqués; si él continúa como hasta aquí, temo te dispute el primer lugar en mi corazon.

CARTA V.

LA MARQUESA D*** A SU MADRE.

Mi querida madre: Yo respiro al fin; y sola en mi gabinete descanso hablándoos de la horrible fatiga que hace quince dias que sufro. ¿Es pues este mundo el objeto de los deseos y de los votos de tantas personas? Mudar el órden de la naturaleza, acostarse cuando el sol se levanta, y levantarse cuando se acuesta; pasar en la mesa tres ó cuatro horas para satisfacer á las necesidades de media; pegarse á un tapete verde (1) para destruir

(1) Cubierta de las mesas de juego.